

MASSIMO DESIATO

La política



**rehén
de la
cultura**

El retorno de lo político es el título del más reciente trabajo de la investigadora francesa Chantal Mouffe. En él se analizan las condiciones de posibilidad para que la política, entendida como sano agonismo, pueda recuperar la dimensión que le es propia. En lo que sigue analizaré, en el sentido de metabolizar, el texto de Mouffe en función de nuestra actual conjuntura social. Más en concreto, deseo proyectar algunas consideraciones de la autora francesa sobre el fondo de la "controversia" entre Chávez y Arias. Se trata, como es desde ya evidente, de una lectura "situada" y sesgada en aras de problemas que nos resultan más cercanos a los que Mouffe encara en su trabajo.

Uno de los temas más interesantes de "El retorno de lo político" consiste en la crítica que se dirige a la izquierda. Textualmente podemos leer: *"Los múltiples gritos de alarma ante los peligros del populismo o de un posible retorno del fascismo son señales del creciente desasosiego de una izquierda, que ha perdido su identidad y que, al no poder pensar en términos de adversario, busca desesperadamente un enemigo que pueda devolverle una apariencia de unidad. Incapaz de comprender el papel central de las pasiones en política y la necesidad de movilizarlas con vistas a objetivos democráticos, acusa a los demás de jugar con la emoción contra la razón".*¹

Las primeras líneas de la cita pueden ser tomadas como una descripción bastante plausible de lo que sucede entre nosotros. Lo único que debemos cambiar es "fascismo" por "caudillismo" y/o "dictadura militar" para que el texto recupere en seguida su oportunidad. Lo que claramente no podemos rescatar es lo relativo a la "izquierda", pues el papel que los partidos comunista y socialista han desempeñado en el país no puede ser ni remotamente comparado con el influjo que la "izquierda" ha tenido en Europa, contexto en el que se coloca gran parte de las reflexiones de Mouffe.

La estructura política venezolana ha sido marcadamente incapaz de comprender el papel central de las pasiones en política y la necesidad de movilizarlas con vistas a objetivos democráticos

Pero, las últimas líneas del pasaje citado se prestan particularmente para comenzar a analizar la conducta de nuestros candidatos electorales y de sus potenciales electores.

Pasión y razón

En efecto, bien puede decirse que "la estructura política" venezolana ha sido marcadamente incapaz de *comprender el papel central de las pasiones en política y la necesidad de movilizarlas con vistas a objetivos democráticos*. De allí que, - y esta es sucintamente mi tesis - las pasiones del electorado venezolano, tanto del sector "bolivariano" como de aquel que se le opone, se hallan tan desbocadas, que lejos de conducir a un retorno de lo político apuntan a un eclipse total de lo político. La pasión desbocada, no canalizada, devora lo político, en tanto que éste, para ser, requiere también de una dimensión racional que se concreta en argumentos, contrargumentos, programas diversos y en recíproca pugna.

Por esta razón, es completamente inútil que los intelectuales reclamen que la discusión política recupere *desde ya* cierto nivel y se exprese en los términos, por ejemplo, de la controversia entre republicanismo y liberalismo. Estos términos son seguramente los más idóneos en el marco de la "ciencia política", pero no constituyen, ni mucho menos pueden llegar a constituir *en este momento*, la manera en la que se conduce el electora-

do de la "República Bolivariana de Venezuela". Para que los diversos enfoques e intereses en juego puedan expresarse acorde a esa clase de nivel, y supere los antagonismos estériles y recupere la dimensión de la sana competición de ideas y programas, hay que modificar la manera en la que los individuos y grupos se relacionan entre sí, inclusive más allá de lo que llamamos "esfera política". Es la cultura la que eclipsa a lo político, o, al menos, lo convierte en su rehén.

Nuestra cultura es actualmente reacia a las ideas. No tiene, ni experimenta ninguna "pasión" por el debate intelectual. Esto es particularmente evidente en las universidades, donde cada vez más estudiantes y profesores se pliegan a un enfoque "banuario" de la educación, que contabiliza la información y la desinformación, efectuando una suerte de balance final que le permite a las autoridades de turno hablar finalmente de "mediocridad" o "excelencia".

Ahora bien, una cultura no se transforma de la noche a la mañana. Si las pasiones deben ser canalizadas y orientadas, movilizadas hacia objetivos democráticos, hay que preguntarse 1) cómo, 2) dónde y 3) quién da lugar al cambio. Desde luego, este último interrogante (3) puede ser esquivado afirmando la existencia de una lógica interna a la cultura, de un dinamismo que le es propio y que en cuanto sistema (sistema de la vida) vuelve inútil la pregunta por el sujeto. Y ciertamente no se puede negar que la cultura, en calidad de sistema, posee en Venezuela una lógica particular.

Al respecto, todo parece indicar que una vez que se ha disipado el capital moral que caracterizó a otras generaciones, el actual sistema tiende a autorreproducirse y autorreforzarse conservando la falta de eficiencia y la corrupción. Este sistema, por lo demás, se traga a los sujetos que de manera individual intentan sobreponerse a tal situación. De ninguna manera el sistema provoca un desarrollo interno mediante el cual se pueda superar este problema. Su dinamismo no produce cambio alguno, es un "eterno retorno a lo mismo". Por tanto, tienen que coincidir una serie de *factores externos favorables* a fin de que pueda parecer concebible la aparición de instituciones virtuo-

sas que aseguren una modificación de la expresión política, una movilización adecuada de las pasiones. Sólo estos factores externos pueden merecer el título de "revolución".

Pero, en seguida, se puede discutir si acaso la presente presión de la economía internacional, ejercida bajo la forma de la globalización, no constituya uno de esos factores externos, y además poderoso; si la "cuestión económica" no sea el problema insoslayable y a la postre la dura realidad que pulveriza los masajes de las hueras retóricas de turno. De responderse afirmativamente, existirían "condiciones objetivas" para plantearse cómo, dónde y quién ha de conducir el cambio incumbente. Es decir, la lógica sistémica no tiene que estar reñida necesaria y constitutivamente con la lógica del sujeto. La lógica interna al sistema, estremecida por factores externos inesperados por ella, tiene que modificarse. Pero, dentro de cierto marco que limita las posibilidades de cambio, los sujetos pueden intervenir para movilizar, orientar y canalizar el cambio.

Sujetos para el cambio

Hasta aquí uno podría entonces decir que la figura de Chávez es el sujeto que encarna el cambio. Igualmente, disintiendo, sostener que tal sujeto es Arias. Cabe, al menos, una tercera opción y afirmar que es desde ciertas instituciones claves, dirigidas por sujetos con características peculiares, donde se podrá conducir el cambio y aprovechar de las "condiciones objetivas". En favor de esta tercera posibilidad se encuentra el argumento de que la figura de Chávez encarna precisamente la lógica interna al sistema, pues su misma persona es un precipitado del desbocamiento de la pasión, a la par que es quien impide el "retorno de lo político". Además, como individuo muestra una profunda incapacidad para comprender hasta qué punto la presión ejercida por la "cuestión económica" (no entendida, como sugerí anteriormente, a la manera del simple empobrecimiento del país sino articulada desde la globalización en calidad de *factor externo*), pone en crisis la lógica interna al sistema. El individuo que no se percata del agotamiento de la

lógica interna al sistema no puede ser sujeto de la conducción del cambio. Algo parecido se puede sostener respecto de Arias en la medida en la que su campaña electoral, hasta el momento, ha sido gerenciada de manera tal que se ha convertido en un "doble" de Chávez. En consecuencia, Arias no es la alternativa a Chávez y tampoco puede ser sujeto del cambio que el malestar cada vez más acentuado del país anuncia. Ambas figuras gravitan alrededor de un "proyecto original", misterioso como todo origen.

Las instituciones: mediano y corto plazo

Así que la tercera posibilidad evidencia que el cambio puede ser conducido por instituciones claves y sujetos con características particulares. Estoy pensando, como es casi obvio, en sectores de instituciones educativas y de investigación que se manejan aún con los restos de capitales conceptuales y morales heredados y que, en cuanto tales, son en gran medida inmunes a la lógica interna al sistema. Estos sectores si son conducidos por individuos que igualmente han quedado al margen de tal lógica, se hallan en las mejores condiciones para comprender "la cuestión económica" y para matizarla, hasta donde eso resulte posible, en función de la tambaleante lógica interna al sistema.

Pero, como también resulta fácil de comprender, estas instituciones e individuos sólo se convierten en los sujetos del cambio mediante un largo proceso. No pueden producir un impacto notable en la inmediatez. La inmediatez está constituida por el "proyecto originario" y sus epígonos: las "democracias" de Chávez y de Arias, o sus "golpes de mano". En mi opinión, en el mediano y largo plazo es de las instituciones y sólo de ellas de donde saldrá, si es que saldrá, una manera de hacer política que recupere la dimensión de las ideas y de los programas y movilice las pasiones hacia una democracia auténtica. Cuando empecemos a ver en los ateneos y en otras instituciones donde pueda florecer la reflexión, grupos de estudios que irradian sus efectos por la universidad primero, y posteriormente, se constituyan en grupos for-

males de participación política, teniendo como fin principal, no la toma de poder, sino la *socialización* de su capital conceptual, entonces podremos decir que el sujeto se está constituyendo y la política "retornando". Desde luego que para que se mantengan, una vez surgidos, tales grupos necesitarán del apoyo de las autoridades institucionales, de ahí la importancia decisiva de los individuos que ocupan los cargos de máxima autoridad.

Adversario: nunca enemigo

La *socialización* de capitales conceptuales procedentes de diferentes perspectivas permite acceder a una democracia pluralista tal como la entiende Mouffe: "*Lo que caracteriza a la democracia pluralista en tanto forma específica del orden político es la instauración de una distinción entre las categorías de 'enemigo' y de 'adversario'. Eso significa que, en el interior del 'nosotros' que constituye la comunidad política, no se verá en el oponente un enemigo a abatir, sino un adversario de legítima existencia y al que se debe tolerar. Se combatirán con vigor sus ideas, pero jamás se cuestionará su derecho a defenderlas. Sin embargo, la categoría 'enemigo' no desaparece, pues sigue siendo pertinente en relación con quienes, al cuestionar las bases mismas del orden democrático, no pueden entrar en el círculo de iguales*".²

Como se desprende de este párrafo, la "controversia" entre Chávez y Arias no se inscribe en el seno de una democracia pluralista, pues, cada uno ve en el otro un enemigo. Sólo la *socialización* de capitales conceptuales apropiados puede conducir a interpretar el Otro como un adversario. Ciertamente, la formación militar de los candidatos no ayuda a esto, ya que es propio de los ejércitos ver al Otro como el enemigo que debe ser destruido. Por eso también, siempre en los términos de Mouffe, no hay en tal "controversia" ninguna dimensión política, sino simples estrategias militares trasladadas a otro campo: simple *antagonismo*. La política como *agonismo* supone, por lo demás, un consenso alrededor de la adhesión a los valores éticos de la política que rigen, precisamente, la sana competencia. Sólo así el conflicto puede expresarse sin peligros para la democracia.

sarse sin peligros para la democracia.

El *agonismo* remite a proyectos que compiten entre sí con el fin de conseguir tutelar el bien común; el *antagonismo*, en cambio, busca solamente ocupar el "lugar del otro". Sin proyectos derivados de ideas en recíproca competición no hay lugar para auténticas "apuestas democráticas" y las identificaciones del electorado se retrotraen a formas de identificación de índole nacionalista o étnica, que constituyen el terreno de cultivo para gobiernos de tipo autoritario. "*Por tanto, la democracia no sólo está en peligro cuando hay un déficit de consenso sobre sus instituciones y de adhesión a los valores que representa, sino también cuando su dinámica agonística se ve obstaculizada por un consenso aparentemente sin resquicio, que muy fácilmente puede transformarse en su contrario*".³

Se comprende así la extrema importancia y urgencia en Venezuela de instituciones que funcionen inicialmente como "laboratorios de ideas y programas" que sean luego ofrecidas a los sectores públicos de toma de decisión, a la par que penetran e infiltran los espacios públicos más diversos, revitalizándolos. En efecto, "*cuan-do el espacio público democrático se debilita, se ve cómo se multiplican los enfrentamientos en términos de identidades esencialistas o de valores morales no negociables*".⁴ Desde luego, al proponer tal enfoque, me doy cuenta del problema de las "vanguardias" que ello supone. Pero discutir tal tópico rebasa los límites de este artículo cuyo fin principal radica en contribuir a abrir un espacio para la reflexión y el esbozo de alguna posible línea prioritaria de acción.

MASSIMO DESIATO

PhD en Filosofía, profesor UCAB

1 MOUFFE, C., *El retorno de lo político*, Paidós, Barcelona, 1999, (1993), p. 11.

2 *Ibidem*, p. 16.

3 *Ibidem*, p. 18.

4 *Idem*.